

El camino de una NINA TRANS

Cursa tercero básico, pero hace dos años profesores, apoderados y alumnos de un colegio católico de Ñuñoa fueron testigos de su transición de niño a niña. Una periodista de “Sábado”, que tiene a su hijo en el mismo curso, siguió de cerca los acontecimientos. Esta es su crónica del cambio que no solo vivió la alumna, sino también los padres.

POR ESTELA CABEZAS FOTOS JOSÉ ALVÚJAR



“La mayoría de los apoderados del curso se sensibilizó con el tema, porque comprendieron que no era algo que nosotros quisiéramos empujar, sino que era algo que venía de siempre”, explica Loreto, madre de Valentina. En la foto, la familia completa.

En la sala del primero básico B, la profesora jefe, frente a sus alumnos, les pide que se sienten: les va a leer un cuento.

Se llama, les dice, *La gran confusión*.

Un psicólogo le había sugerido días antes que esa historia podría ayudar a los niños a comprender mejor lo que estaba pasando en esa sala.

Entonces, esperó que todos estuvieran en silencio y, con voz suave, comenzó con la historia de un hada, que como todas las hadas, era la encargada de recibir a los bebés y ponerles el sexo que les correspondiera. De niño a los niños y de niña a las niñas. Pero esta hada, susurra la profesora mirando a sus alumnos, era novata y se equivocó. Pasaron varios años antes de que los reyes de las hadas se dieran cuenta del error; y ¿qué hacen?, pregunta la profesora. Silencio. Pues, mandan a la misma hada a hablar con los padres para que les dé la noticia:

que el niño era en verdad una niña y que la dejen vivir como tal.

Los alumnos escuchan con atención y pareciera que ninguno encuentra realmente extraño el cuento. Así que la profesora toma aire y sigue:

—Bueno, eso les pasó a los papás de Valentina, a quien ustedes conocían como Víctor (ambos nombres son ficticios). Pero el hada se confundió y les pidió a sus papás escuchar a su hija y no dejarse llevar por las apariencias. Por eso, Víctor es ahora Valentina.

Apenas unas risas nerviosas se escuchan en la sala.

Esa misma tarde, la profesora envía un mail con copia a todos los apoderados del curso: “Luego de contarles el cuento, los niños y niñas le dieron la bienvenida a Valentina con una naturalidad y acogida sorprendente. Realizaron comentarios como: ‘Yo quiero ser amiga de Valentina’, ‘Yo la voy a cuidar’, ‘Yo siempre voy a seguir jugando con ella’, ‘Yo fui tu amigo antes y seguiré siéndolo’, ‘Lo importante es que ella sea feliz’”.

Desde el 8 de julio de 2015, sus compañeros dejaron de llamarlo Víctor. Hasta hoy, para todos, es Valentina.

Victor

Loreto, enfermera, 39 años, pelo corto, ojos grandes, cuenta que, hasta los 2 años, jamás dudó de que Víctor fuese Víctor. La conducta de su entonces hijo era normal, dice. Como la de cualquier niño. Solo le llamaba la atención una cosa: que sus juguetes siempre estaban en el mismo lugar. Los Max Steel, los autitos, las pistas de carrera. Como si no los tocara. Él solo jugaba con juguetes neutros, como plastilina y bloques.

—El primer juguete que tuvo y con el que jugó mucho, fue una muñeca muy pequeña que se le quedó a su mejor amiga del jardín infantil. La vestía, le daba de comer, la hacía dormir —relata Loreto.

El segundo juguete fue uno que eligió él mismo en el supermercado cuando cumplió 3 años: una Barbie que le compró su abuela.

—No nos llamaba la atención eso. Todo el mundo nos decía que se le iba a pasar —dice Loreto.

Hernán, constructor civil, 39 años, y padre de Víctor dice que, en adelante los cumpleaños se hicieron difíciles, porque su hijo siempre quería que fueran con motivos de princesas.

—No había cómo convencerlo de que fueran de Spider Man, Cars o alguna otra cosa de niño. Al final, terminaban siempre siendo neutros —cuenta.

De a poco, los padres se acostumbraron a ese gusto de su hijo por las cosas femeninas. Dice Loreto:

—Cada vez que llegaba a la casa del jardín o del colegio, se ponía mis vesti-

dos, mis zapatos y bailaba. Esa era su mayor entretenimiento. Cuando yo regresaba del trabajo y lo veía con tacos y vestido, lo dejaba.

—¿Por qué?

—Sentía su felicidad... Para mí, fue muy natural verlo así, pasó a ser parte del día a día y nunca puse límites. Hernán sí, él siempre le decía que eso era un juego que tenía que terminar a alguna hora.

La primera vez que lo llevaron al psicólogo fue a mediados de 2012, luego de que los llamó la tía del jardín, preocupada porque el niño le había dicho que no le gustaban sus genitales y que quería tener vagina. Tenía 4 años.

—Yo estaba acostumbrada a que se vistiera como niña, pero nunca me esperé algo así. Todo el mundo te dice, “no te preocupes si se le va a pasar”, y uno cree. Entonces, no te puedo describir el impacto que se puede llegar a sentir cuando te dicen una cosa como esa —explica Loreto.

En el jardín, dice, habían notado ciertos comportamientos diferentes: siempre quería disfrazarse de princesa y sus juegos eran los mismos de las niñas. Jamás el de los niños. Sus padres pensaron que, tal vez, era gay o solo afeminado. Pero, por primera vez, sintieron que debían llevar a su hijo a una psicóloga.

En la sesión, dicen, la profesional fue clara: les dijo que no lo dejaran ver más películas de princesas, que suspendieran los juguetes de niñas y que no lo dejaran vestirse de mujer.

—Lo hicimos, pero Víctor se transformó en un niño triste e hiperactivo. Estaba todo el día ansioso y enojado. Yo recién había tenido a mi hijo menor y pensé que estaba así por la llegada de él. Un día me tocó ir al pediatra y se portó pésimo: saltaba de la camilla al suelo, tomaba las cosas. El pediatra, que lo conocía de toda la vida, me preguntó que qué le pasaba. Ahí le conté lo del psicólogo y que le había cortado todo. Él me recomendó otra psicóloga.

La nueva profesional fue más explícita: le diagnosticó trastorno de identidad de género, o disforia de género, que se presenta cuando una persona se identifica con el sexo contrario al que tiene físicamente.

Las organizaciones LGBT lo llaman “identidad de género”, porque, a su juicio, se trata de una condición sexual, no de una enfermedad.

Los padres nunca habían escuchado hablar de esto.

—La psicóloga nos explicó que en algún momento nuestro hijo iba a hacer un clic con su lado masculino y esto se le iba a pasar. Ya, dijimos nosotros —recuerda Loreto.

Les dio una nueva terapia: Víctor tenía permiso para vestirse de mujer y jugar con muñecas, aunque solo en la casa y por un período determinado.

En paralelo, matricularon al niño en un colegio católico de Ñuñoa y, aconsejados por la psicóloga para no estigmatizarlo, presentaron un certificado que decía que él tenía conductas preferentes por lo femenino.

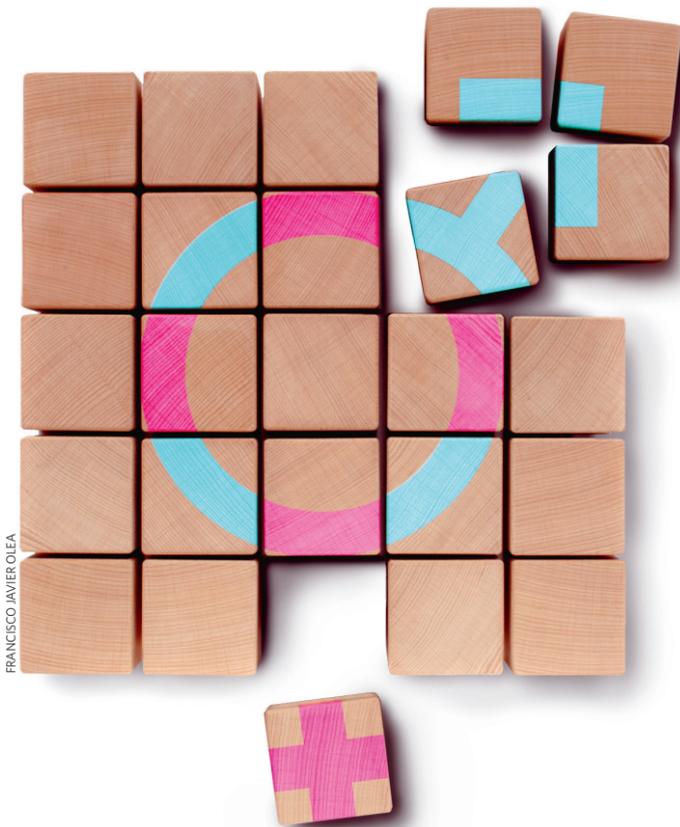
Hasta ese momento, lo que estaban viviendo no lo habían compartido con nadie. El resto de la familia sabía de los gustos de Víctor, pero ni Loreto ni Hernán contaron que lo habían llevado al psicólogo ni detallaron el diagnóstico.

Ambos recuerdan que pasaron prekínder y kínder sin sobresaltos, aunque los informes que hacía el colegio coincidían con lo que decía la psicóloga: Víctor tenía preferencia por lo femenino. Además, cuentan que los apoderados del curso a veces comentaban los gustos distintos de Víctor.

—Pero nunca nadie nos preguntó nada —dice Hernán.

Cuando Víctor terminaba kínder, en diciembre de 2014, la psicóloga lo dio de alta: les dijo a sus padres que ya no se veía ansioso, que se veía tranquilo y feliz. Y que debían continuar dejando que en la casa tuviera su lugar seguro, jugando con muñecas, pero que afuera siguiera siendo el niño que era.

“Lo miraba mucho, porque sabía que ese niño no iba a estar nunca más. No quería que se me fuera su imagen”



FRANCISCO JAVIER OLEA

Cuando el endocrinólogo le pidió que se dibujara como quería ser, Valentina –entonces Víctor– hizo una niña de pelo largo, con un vestido y un arcoíris alrededor. Hoy sus compañeros de curso la aceptan en su identidad femenina.

Sin embargo, Víctor ya había logrado que su lado femenino apareciera en la casa de su abuela y sus tías.

–En ese mismo período llegó a mi Facebook *El diario de Ryland*, la historia de un niño transgénero. Lo vi y dije: “No, esto no es lo que le pasa, si él nunca ha dicho que quiere ser niña”. Se lo mostré a mi marido, y pensó lo mismo.

Pero luego ella se lo mostró a Víctor y le hizo la pregunta: “¿Esto es lo que te pasa a tí?”.

–Y me dijo que sí. Yo salí de la pieza y me puse a llorar, creo que ahí fue cuando sentí que tenía que hacer todo lo que pudiera para hacerlo feliz, aunque no sabía muy bien qué significaba eso. Tal vez por lo mismo todos dejamos el tema ahí, guardado, y seguimos viviendo como si nada.

El problema se desató en marzo de 2015, cuando Víctor entró a primero básico, donde debía usar uniforme: no quería usar pantalón y camisa. Su madre cuenta que se puso irritable y que, incluso, una semana antes, no controlaba su esfínter. Entonces, llamaron a la psicóloga.

–Ella me dijo: “Bueno, tú sabes que ella quiere ser niña”. Ahí me quedé de una pieza. “Pero cómo, en diciembre la diste de alta y me dijiste que se le iba a pasar, y ahora me dices esto”. Y me respondió: “Está sufriendo, tienes que buscar un colegio donde el uniforme no sea tema. Donde vayan con ropa de calle”. Yo no entendía nada.

Su hijo no quiso cambiarse de colegio, porque para él, ahí estaban sus amigos y sus profesores.

Los padres decidieron consultar a Alejandro Martínez, endocrinólogo pediátrico de la Universidad Católica. Una amiga de la familia ya había hablado con el doctor del caso y les dijo que él podía ayudarlos.

En la consulta, Martínez observó un buen rato al niño mientras jugaba, recuerda Loreto.

–Me dijo que podía examinarlo, pero que no iba a encontrar nada. Que también le podía hacer exámenes, pero que le iban a salir todos normales. Así que sugirió que lo que había que hacer era hablarle.

Loreto describe la escena que sucedió cuando el doctor se dirigió a su hijo.

–¿Por qué vistes de niño? –le preguntó Martínez a Víctor.

–Porque mis papás me visten así.

–¿Por qué tienes el pelo tan corto? –insistió.

–Porque mis papás me lo cortan así.

Luego le pasó un papel y le dijo que se dibujara. Lo que Víctor trazó –dice Loreto– fue un hombre con los ojos huecos, feo y deforme. Después el médico le pasó otro papel y le propuso que se dibujara como quería ser.

–Hizo a una niña de pelo largo, con un vestido de colores y con un arcoíris alrededor de ella –recuerda la madre.

Loreto se detiene un momento en su relato:

–El doctor me dijo: “Tu hijo es una niña, esto es una condición: es ser transgénero. No es estar enfermo, no es una patología, por eso no vas a encontrar medicamentos ni nada. Lo que necesitas es apoyo, este camino no es fácil”.

Entonces le pasó un teléfono. Era el de Evelyn, mamá de una niña que había hecho su cambio de género a los 4 años.

–Loreto, ¿qué sentía mientras el médico le daba el diagnóstico?

–Lo único que quería era arrancar.

La transición

Loreto está sentada en la cocina de su casa, en un edificio en pleno centro de Ñuñoa. Son las nueve de la noche y sus hijos duermen. Habla despacio cuando relata lo que vivieron después de hablar con Martínez.

–Era la primera vez que alguien serio me decía algo. Sentí miedo, pero también cierta certeza.

En sus recuerdos, lo que siguió fue todo rápido: se juntó con Evelyn y su hija, las conoció y entendió un poco más sobre identidad de género. También se contactó con el Hospital de Niños de Boston, donde existe un departamento que aborda los trastornos de identidad de género.

Fue un consejo que le dio Martínez, antes de salir de su consulta.

–Los niños trans en otros países son una realidad –dice el doctor–. Acá en Chile hace unos años no consultaban tanto, pero hoy sí. Yo te diría que este año hay uno o dos pacientes nuevos a la semana. La Universidad Católica está preocupada de cómo poder dar mejor atención a pacientes trans y lo primero que nos han dicho es que hay que acoger a quien está sufriendo y darle ayuda. Acá se hacen las derivaciones psicológicas necesarias y el acompañamiento. Y, por ejemplo, a los trans se les respeta su nombre social (con el que desean ser llamados).

Hernán quería viajar a Boston para que un médico viera a su hijo. No estaba dispuesto a hacer ningún cambio sin el diagnóstico de un especialista. Pero en esa institución, en una consulta vía Skype, les dijeron que ellos hacían tratamientos para adolescentes. Para los niños trans solo hacían acompañamiento psicológico durante su proceso. Además, les recomendaron iniciar el cambio con Víctor y buscar ayuda.

En ese instante decidieron hablar en el colegio.

–La profesora jefe nos contó que llevaba dos años dándose cuenta de esta situación, así es que tampoco le pareció tan raro cuando le dijimos que si Víctor quería ser una niña nosotros lo íbamos a apoyar –dice Loreto.

Tanto la profesora como las actuales autoridades del colegio se excusaron de referirse al tema para este artículo.

Ese mismo año, el programa *Contacto*, de Canal 13, había contado la historia de una niña transgénero a la que su colegio le canceló la matrícula cuando sus padres decidieron que adoptaría su identidad femenina.

Hernán, Loreto y Víctor consultaron a la psicóloga Francisca Burgos para que les ayudara en el proceso que ya veían inevitable.

—Victor tenía completa claridad de que la manera en que se sentía y las preferencias que tenía eran incorrectas de acuerdo con lo socialmente esperado, por lo que había una profunda vergüenza y culpa. Poco a poco, él se fue mostrando, abriendo y así pudo manifestar su identidad y también el dolor que le causaba el vivir una vida como niño. Creo que ese fue el factor más importante que incidió en la decisión de los padres de apoyar su transición —dice Francisca Burgos desde Los Ángeles, donde hoy coordina una investigación sobre infancia trans.

Hernán recuerda que ese fue un período duro.

—Yo lo iba a dejar al colegio y me iba a mi trabajo llorando. Fue estresante. Era como una mezcla de sentimientos de todo tipo. De repente, uno se cuestiona: ¿por qué me está pasando a mí?, ¿qué ocurrió?, ¿qué le sucede a mi hijo?, ¿estará sufriendo?, ¿le hice daño?, ¿qué viene ahora? Y también había que ser fuerte, porque la Loreto estaba muy mal.

—Desde que el endocrinólogo nos dijo que es lo que pasaba, para mí fue estar mal constantemente. Lo miraba mucho, porque sabía que ese niño no iba a estar nunca más. No quería que se me fuera su imagen. Lo miraba como caminaba, de espalda, de frente, todas las formas de expresión que tenía aquí en la casa —dice Loreto.

Cada cierto tiempo, su madre le preguntaba ¿cómo serías más feliz? “Como niña”, le respondía Víctor. Si fueras niña, ¿serías feliz? “Sí, mamá, es lo que más quiero”.

—Le pregunté muchas veces, de día, de noche, medio dormido, muy despierto y nunca su respuesta fue distinta.

Les comentaron a la familia y a los amigos más cercanos. Pero a los apoderados y compañeros, no les dijeron nada.

—Mantuvimos un poco de reserva, porque era un tema delicado. Teníamos que definir cómo lo íbamos a abordar en el colegio —dice Loreto.

A la vez, a Víctor le hablaron acerca de lo que era ser transgénero. Él los escuchaba en silencio, pero un día les preguntó:

—Y si yo soy niña, ¿me van a querer igual?

—Sí, siempre te vamos a querer —le respondieron.

Allí comenzó la transformación de Víctor. Le dejaron crecer el pelo, le pusieron aritos y le compraron más ropa de niña. Y empezó a socializar con niñas y niños trans.

Un día, le preguntaron cómo quería llamarse: eligió el nombre de Valentina, porque empezaba con la misma V de Víctor.

Valentina

En el colegio, su profesora jefe estaba al tanto porque Loreto y Hernán le contaban lo que sucedía, pero ella solo escuchaba. El 18 de junio de 2015, se realizó el *jeans day*, un día en que todo el colegio puede ir con ropa de calle. Ahí, Valentina pidió ir con una polera de niña. Los padres y la profesora estuvieron atentos a lo que sucedería con sus compañeros. Pero ninguno recuerda que haya pasado nada fuera de lo normal.

En la noche, Valentina les dijo a sus padres que desde ese día era una niña y que ya no usaría más ropa de niño y que, en adelante, la llamaran por el nombre que ella había elegido.

También les pidió que hablaran con los papás del primero básico, con la profesora jefe, con el inspector del colegio y con la directora.

Esa noche, Hernán y Loreto se durmieron llorando.

Al otro día, se reunieron con la coordinadora de ciclo del colegio, a quien

informaron del diagnóstico y que ya se había iniciado la transición, por lo que su hijo comenzaría a ir como niña. El encuentro está consignado en un acta del establecimiento, a la cual “Sábado” tuvo acceso.

A los pocos días, los citó Carolina Bello, la entonces directora del colegio, quien les dijo que sabía que desde pequeño el alumno había manifestado esto y que el establecimiento los apoyaría, según aparece en otra acta y confirma la misma Carolina Bello.

En paralelo, Loreto y Hernán citaron a los apoderados del curso a una reunión en su casa. No fueron todos. Ahí les leyeron una carta contando toda su historia y les dijeron que Víctor iniciaría su tránsito a niña.

Ambos recuerdan que todos los presentes entendieron y que no hubo un solo comentario negativo ni cuestionamiento.

—La mayoría se sensibilizó con el tema, porque comprendieron que no era algo que nosotros quisiéramos empujar —explica Loreto.

—¿Pensaban que podía haber rechazo?

—Sí, todo el rato uno cree que alguien te va a preguntar o te va a parar y decir: “No, sabes que no estoy de acuerdo”. Pero no pasó nada.

El martes 7 de julio de 2015, la directora organizó una reunión con los apoderados del curso para informarles oficialmente. Tampoco en esa ocasión hubo cuestionamientos, dice Carolina Bello.

Al día siguiente, la profesora jefe del primero básico B les leyó a sus alumnos el cuento *La gran confusión*, y los niños, en un gesto simbólico, se despidieron de Víctor y dieron la bienvenida a Valentina.

Luego, en esa misma clase, hicieron unos dibujos de su nueva compañera. Loreto aún los conserva.

Estaban a punto de salir de vacaciones de invierno y el plan era que a la vuelta regresara como niña. En el colegio le dijeron que respetarían su nombre social y que realizarían lo necesario para que ella no fuera discriminada.

Pero algo inesperado sucedió.

Un día antes de entrar a clases de vuelta de las vacaciones, la directora llamó a Hernán y Loreto para decirles que Valentina no podía ir al colegio todavía.

—Durante las vacaciones de invierno algunos papás de los cursos paralelos y el esposo de una profesora se enteraron y mandaron cartas al Vaticano y al Arzobispado. Ellos llamaron a la dirección del colegio y dijeron que esto se estaba haciendo muy rápido y que debían recabar más antecedentes antes de seguir —recuerda Carolina Bello.

El caso tomó otro giro la noche del 3 de agosto de 2015, cuando los cerca de dos mil apoderados del colegio recibieron un mail anónimo en el que se hablaba de que el colegio había aceptado la inclusión de un niño “cuyos padres dicen que es transgénero, sin siquiera haber presentado estudios serios que avalen su condición y sin tomar las acciones para poder realizar esto sin inconvenientes para todos en la comunidad”.

El mail acusaba a la directora de haber actuado de manera inconulta y unilateral, y daba todos los datos del curso en el que estaba el niño en cuestión, su nombre y apellido. También llamaba a manifestarse frente a esta situación que había sido desarrollada “sin previa consulta a los apoderados y en el más completo sigilo”.

—Cuando llegó ese mail me dio mucha impotencia. Es fácil hablar desde las suposiciones y con una ignorancia espantosa. Además, era un mail anónimo, doblemente cobarde. Todos tenemos derecho a pensar distinto, más en un tema como este, hay miedo, hay prejuicios o simplemente convicciones que te llevan a pensar de una manera distinta, pero de frente. Eso fue lo más indignante de todo, que fue

CAMBIO DE IDENTIDAD

Hace una semana, la ONG Comunidad y Justicia presentó una querrela criminal por prevaricación contra un juez suplente por haber autorizado el cambio de nombre y de sexo en la partida de nacimiento de un menor transgénero de 5 años.

Los padres de Valentina ya sabían de este caso. “Nosotros también presentamos el requerimiento de cambio de nombre, porque creemos que todos los niños tienen derecho a no andar dando explicaciones por cómo se llaman, pero no nos han dado respuesta”, dice Loreto.

Respecto de la transición de género, el psicólogo Juan Pablo Rojas, docente de la U. Finis Terrae, no está de acuerdo en que los niños de la edad de Valentina hagan el proceso. “Es muy apresurado establecer una identidad de género definitiva justamente porque es una etapa en la que ocurren muchísimos cambios. Muchas de las cosas que el niño experimenta en su desarrollo no son necesariamente la formación definitiva que tendrá en la adultez. Están en pleno proceso de crecimiento; por lo tanto, antes de tomar medidas familiares e institucionales es importante la realización de un acompañamiento psicológico, que permita ir encauzando el desarrollo del niño para que pueda gozar de una vivencia plena, incluyendo en esto la aceptación del sexo que naturalmente está inscrito en su biología.

a escondidas –opina Francisca Vent, apoderado del curso de Valentina.

Además, en el colegio surgió un grupo de padres que manifestó su rechazo, pero no de forma oficial. Nunca se acercaron a la directora para decirle que no estaban de acuerdo, dice Carolina Bello.

En paralelo, y como respuesta al mail anónimo, los apoderados del primero básico B mandaron una carta en apoyo a la decisión del colegio, la que fue firmada por casi todos los cursos.

Pero a los dos días apareció una página de Facebook con información personal de Valentina, el contenido del mail anónimo y una fotografía de ella, cuando era Víctor, sacada del Facebook de su padre.

Para Hernán y Loreto fue la gota que rebasó el vaso y denunciaron el hecho a la Brigada del Cibercrimen de la PDI. Durante la investigación fueron interrogados la directora del colegio, y los padres.

–Había un montón de papás que apoyaban esto, pero otros hablaban de que se iban a ir, que no podía ser, que no querían que sus hijos compartieran con alguien así –cuenta Carolina Salgado, también apoderada del colegio.

En la carpeta investigativa de la PDI por el caso del mail anónimo, aparece la declaración de Carolina Bello: “Me llamó monseñor Héctor Vargas, quien hoy es presidente del Área de Educación de la Conferencia Episcopal, quien me sugirió que la congregación reflexionara frente a la situación, porque esto impactaría a los demás colegios católicos [...]. El colegio puede ayudar, pero no está en condiciones de dar respuesta a todas las cosas, me dijo [...]. Y me comentó que mucha gente educaba a sus hijos en casa y sugirió que el alumno debía terminar el año como niño y no como niña”.

Consultado al respecto, monseñor Vargas, a través de un mail, desmiente que haya realizado acciones para impedir el proceso de inclusión de Valentina: “El Área que presido no solo no ha hecho llegar al establecimiento notificación alguna, sino que ha respetado esa decisión hasta hoy”.

Vargas también señala que sí realizó la llamada a la que alude la directora porque “consideré igualmente necesario hacerle ver la enorme responsabilidad que ello acarrea, la importancia de profundizar en el fenómeno que la psicología identifica como la ‘disforia de género’, y sus exigencias en el contexto escolar, toda vez que hasta ahora no existen mayores elementos, ni la formación de docentes, ni especialistas, ni luces curriculares, que permitan a una comunidad educativa acompañar adecuadamente a alumnos que enfrenten esta situación, menos todavía en el tránsito de su proceso evolutivo. No existen verdades científicas ni jurídicas últimas y definitivas en torno al desarrollo de la identidad de género, por eso y sobre todo en niños (as) resulta fundamental asumir estas instancias con cautela, y fue precisamente esto lo que le expresé a la directora. Más aún cuando pueden existir múltiples formas a la hora de acercarse y asumir al tema. También se ofreció algunas respuestas en cuanto al desafío de acompañar a los padres”.

Pese al revuelo que había en el colegio, Hernán y Loreto mandaron de todos modos a su hija a clases.

A la vez, la directora Carolina Bello envió un oficio al Ministerio de Educación para que le dijeran cómo debía actuar en el caso de Valentina. La respuesta, según se lee en el documento, “prohíbe normas que establezcan criterios de carácter arbitrario en relación con los alumnos de un establecimiento educacional por algunas de las siguientes razones: identidad de género [...]. En particular, se señala la pertinencia de respetar desde ya el trato a la niña a través de su nombre social para todos los efectos prácticos”.

El futuro

Valentina se para y se arregla el pelo para la sesión de fotos y posa. Está con su hermano menor que este año entró a pre-kínder en el mismo colegio. Sus papás la acompañan. Ella les pregunta si cuando grande podría ser una modelo famosa. Sus padres le dicen que sí, que puede ser lo que quiera.

Han pasado dos años desde su transición. Hoy está en tercero básico, tiene muchos amigos y amigas, y sus cumpleaños siempre están repletos. El último estaba decorado de la serie de Disney *Soy Luna*.

–¿Han tenido algún problema en el colegio?

–No, cosas menores, como que una vez un profesor llegó de reemplazo y no sabía que ella estaba ahí, entonces dijo su nombre del Registro Civil. Pero es nada –dice Hernán.

–Cuando recién estaba ocupando los baños de niña, una vez una niña de otro curso, cuando ella entró, comenzó a gritar, “¡hay un hombre, hay un hombre!”. Y Valentina también comenzó a gritar, nunca se dio cuenta de que era por ella –agrega Loreto.

Ambos dicen estar agradecidos del colegio, porque se atrevió a hacer la inclusión con Valentina y cuentan que hay un nuevo caso en otro establecimiento católico de Las Condes que se está desarrollando con éxito.

Hoy Carolina Bello se desempeña en el Ministerio de Educación, desde donde confirma que hay varios colegios católicos que están enfrentando esta realidad bajo el concepto de la inclusión.

–¿Cree que los apoderados ya aceptaron esto?

–Creo que sí, pero hay muchos que solo aceptan, no es que estén de acuerdo, y eso está bien. Hay muchas cosas en las que uno no está de acuerdo, pero se debe aprender a respetar. El colegio es una demostración de lo que es nuestra sociedad hoy, y por eso rescato el cariño y el respeto que existe por el ser humano, por la persona –dice Hernán.

–Cuando han aparecido las dificultades, ahí uno ve que está en un lugar privilegiado, protegido, porque cuando llegó un segundo correo anónimo, casi un año después, mucha gente nos dio su apoyo, del curso y del colegio, los niños del centro de alumnos, gente de cuarto medio. La nueva directora también –dice Loreto.

En diciembre de 2016, tras la investigación de la Brigada del Cibercrimen, se supo quién había mandado los correos anónimos. Fue un apoderado.

Los padres de Valentina decidieron no emprender ninguna acción legal.

–Ella está feliz, creciendo en un espacio seguro. Es todo lo que importa –dice Hernán. **S**